

Tarteso.
El emporio del metal

Juan M. Campos
Jaime Alvar
Editores



ALMUZARA

© DE LOS AUTORES, 2013
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2013

Primera edición: mayo de 2013

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN HISTORIA · SERIE HUELLAS DEL PASADO
EDITORIAL ALMUZARA
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Coordinadores: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ, ÓSCAR CÓRDOBA, JUAN RAMOS PEMÁN
Imprime: PUBLIDISA

ISBN: 978-84-15828-30-3
Depósito Legal: CO-1117-2013
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

INTRODUCCIÓN	9
<i>Jaime Alvar y Juan M. Campos</i>	

CONTENIDOS DE LAS MESAS DE DEBATE	13
<i>Jaime Alvar y Juan M. Campos</i>	

PRESENTACIÓN DEL ESTADO DE LA CUESTIÓN TARTÉSICA	
TARTESO Y LOS FENICIOS. HISTORIOGRAFÍA Y ÚLTIMAS APORTACIONES.....	21
<i>José M^a Blázquez</i>	
TARTESO. LITERATURA Y SER HISTÓRICO.....	85
<i>Jaime Alvar</i>	
LA ARQUEOLOGÍA TARTÉSICA: REALIDAD Y FICCIÓN.....	111
<i>Juan M. Campos Carrasco</i>	

NOVEDADES DE LA INVESTIGACIÓN	
TARTESO. ORÍGENES Y CONCEPTO.....	121
LA GÉNESIS DE TARTESO EN LA ETAPA 'PRECOLONIAL' DEL SEGUNDO MILENIO: NOTAS PARA UNA DISCUSIÓN.....	123
<i>Manuel Bendala Galán</i>	
EL ESPEJISMO TARTÉSICO.....	137
<i>José Luis Escacena Carrasco</i>	
FENICIOS, NURÁGICOS Y TARTESIOS: MODALIDAD Y FINALIDAD DEL ENCUENTRO ENTRE GENTES Y CULTURAS DIVERSAS EN EL PASO DEL BRONCE FINAL AL HIERRO I.	197
<i>Massimo Botto</i>	
DO QUE FALAMOS QUANDO FALAMOS DE TARTESO?	211
<i>Ana Margarida Arruda</i>	
DEFINIENDO TARTESO: INDÍGENAS Y FENICIOS	223
<i>Manuel Álvarez Martí-Aguilar</i>	
TARTESO: REFLEXIONES DESDE LA LITERATURA GEO-ETNOGRÁFICA ANTIGUA.....	247
<i>Gonzalo Cruz Andreotti</i>	

TARTESO EN EL HORIZONTE ORIENTALIZANTE MEDITERRÁNEO	261
TARTESO EN EL CONTEXTO ORIENTALIZANTE DEL MEDITERRÁNEO: APROXIMACIÓN A UN ESTUDIO COMPARATIVO	263
<i>Carolina López-Ruiz</i>	
TARTESSOS AU MIROIR DE LA COLCHIDE	277
<i>Jean-Paul Morel</i>	
EL MUNDO MEDITERRÁNEO Y TARTESO A LA LUZ DE NUEVAS EVIDENCIAS	289
<i>Francisco Gómez Toscano</i>	
À-PROPOS HUELVA: A REASSESSMENT OF 'EARLY' PHOENICIANS IN THE WEST	311
<i>Ayelet Gilboa</i>	
PARA PENSAR TARTESO. DE ARGANTONIO A ALCORRÍN	343
<i>Fernando Wulff Alonso</i>	
TARTESO. LA CIUDAD, EL TERRITORIO	357
UNA PERCEPCIÓN DE TARTESO	359
<i>Sebastián Celestino Pérez</i>	
DE LA CABAÑA A LA CIUDAD	375
<i>Jesús Fernández Jurado</i>	
TARTESO, DE CIUDAD A IMPERIO (O SOBRE LA CREACIÓN DE IDENTIDADES FICTICIAS)	395
<i>Eduardo Ferrer Albelda y Eduardo Prados Pérez</i>	
TARTESO Y LA EXPLOTACIÓN MINERA	415
LOCAL TRADITIONS AND FOREIGN CONTACTS: INNOVATION IN TARTESSIAN METALLURGY	417
<i>Paul T. Craddock</i>	
LAS MINAS DE TARTESO	449
<i>Juan Aurelio Pérez Macías</i>	
PLATA TARTÉSICA: UNA REVISIÓN DE LA TECNOLOGÍA EXTRACTIVA A LA LUZ DE NUEVOS HALLAZGOS.....	473
<i>Salvador Rovira y Martina Renzi</i>	
TARTESO. SOCIEDAD Y CULTURA	489
LA SOCIEDAD TARTESIA.....	491
<i>Martín Almagro-Gorbea</i>	
LA SOCIEDAD TARTESIA Y LA SOCIEDAD FENICIA OCCIDENTAL.....	511
<i>José Luis López Castro</i>	
ARISTOCRACIA TARTESIA Y ESCRITURA.....	529
<i>Javier de Hoz</i>	

LAS INSCRIPCIONES DEL SUROESTE Y EL TARTESO DE LA ARQUEOLOGÍA Y DE LA HISTORIA.....	541
<i>John T. Koch</i>	
LA RELIGIÓN DE LOS TARTESIOS	559
<i>Antonio Tejera Gaspar y Jesús Fernández Rodríguez</i>	
ELEMENTOS RELIGIOSOS MEDITERRÁNEOS EN TARTESO. UN DEBATE SOBRE LA RELIGIÓN TARTÉSICA.....	581
<i>Adolfo J. Domínguez Monedero</i>	
TARTESO DESDE LA ÓPTICA HELENO-PÚNICA: OBSERVACIONES SOBRE LA PERCEPCIÓN Y EL OCASO DE UNA CIVILIZACIÓN LEGENDARIA	605
<i>Pedro Barceló</i>	
TARTESO EN LA HISTORIOGRAFÍA.....	629
TARTESO EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA: NOTAS SOBRE UN (RELATIVO) DESINTERÉS.....	631
<i>Fernando Wulff Alonso</i>	
EL IMPACTO EN LA HISTORIOGRAFÍA ACTUAL DE LA IMAGEN ANTIGUA DE TARTESO.....	641
<i>Domingo Plácido</i>	
MANIFIESTO POR TARTESO	651
GLOSARIO DE TÉRMINOS E ÍNDICES TEMÁTICOS.....	655
<i>Clara Toscano Pérez</i>	
INTRODUCCIÓN.....	656
GLOSARIO DE TÉRMINOS	657
ÍNDICE ONOMÁSTICO	670
ÍNDICE TOPONÍMICO	677
ÍNDICE DE MATERIAS.....	705

TARTESO: REFLEXIONES DESDE LA LITERATURA GEO-ETNOGRÁFICA ANTIGUA

Gonzalo Cruz Andreotti
Universidad de Málaga^[1]

En la literatura científica al uso, y no digamos en la divulgativa, es muy habitual darle un contenido etno-cultural al corónimo Tarteso, atendiendo a eso que se viene llamando cultura tartésica, esto es, la situación en el suroeste peninsular entre los siglos IX / VIII y VI a.C. —todavía muy mal definida y no exenta de polémica interpretativa— que la arqueología saca a la luz. No estamos en desacuerdo con que el término se use, porque así lo ha venido haciendo la tradición historiográfica, y no entramos en si cabría definirse como una cultura autóctona o alóctona, o ambas cosas. Con las líneas que siguen queremos advertir, una vez más, de las dificultades de sostenerse en las fuentes contemporáneas al fenómeno tartésico para defender la lectura tradicional; antes al contrario, resuelven por sus propias características pocos problemas o en todo caso abren posibilidades que no son las respuestas habituales.

Pero, antes que nada, algunas precisiones. Como en algunas ocasiones hemos apuntado, pero conviene repetirlo, se nos olvida a menudo que hasta la llegada de Roma los territorios hispanos se pueden considerar periféricos o exóticos a todos los efectos desde el observador heleno, también en lo cultural. La escasa información que tenemos es el resultado de ello, y no busquemos más razones que el puro desinterés; los problemas de transmisión característicos de la cultura antigua —en los que no podemos entrar aquí, pero que no entienden de la trascendencia que a la información

¹ Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Excelencia HUM 03482 de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía y en el Grupo de Investigación de Estudios Historiográficos (Nº Hum. 0394) de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.

Las fuentes aquí citadas son los suficientemente conocidas como para evitar, en la medida de lo posible, su reproducción; asimismo aportamos las reproducciones de la Iberia herodotea y hecataica de E.H. Bunbury que reflejan de manera aproximativa pero muy real el conocimiento geográfico que los griegos contemporáneos a Tarteso tenían del extremo occidente. Haremos constantemente referencia a dos obras de consulta obligada, que incluyen un comentario exhaustivo y detallado de las fuentes: por un lado los *Testimonia Hispaniae Antiqua*. vol. II A [T.H.A. II A] y vol. II B [T.H.A. II B], editados por J. Mangas y D. Plácido, y, por otro, J. de Hoz (2010). A diferencia del modelo shulteniano de las *Fontes*, ambas no están marcadas por apriorismos históricos de difícil justificación y son, por ello, extremadamente útiles.

nosotros le damos— vienen a hacer el resto. Desconocemos casi todo de la literatura fenicia, y por supuesto de la información oral que estaba en manos de comerciantes y marineros —que sería mucha y muy variada—, pero lo cierto es que aquélla y ésta no traspasaron los umbrales de la literatura, o lo hicieron de manera muy accesoria en estos momentos; ya sabemos, además, y frente a lo que se piensa, que ese trasvase no es en absoluto automático. Si se compara, por ejemplo, la totalidad de los fragmentos conservados de Hecateo sobre el mediterráneo occidental colonizado por los griegos con los atribuidos a Iberia la proporción es de tres a uno. Tampoco podemos caer en la tentación pueril de pensar que textos más elaborados y tardíos responden a ecos de un pasado perdido, pero de un recuerdo vivo; serán otras las razones y otros los ecos de tales reelaboraciones, pero hay que ser muy cuidadosos con estos «trasvases» (tal como hemos tratado en lo relativo a Estrabón —Cruz Andreotti, 2010: 17-53) y asumir planteamientos que son, en última instancia, puramente esencialistas. No exageremos un potencial informativo que, simplemente, no existe en origen.

Ahondando en ello, otra cuestión no menos obvia pero importante de resaltar. Lo que se pueda conocer del extremo occidente por estas fechas proviene, lógicamente, de lo que se traslada a través de siglos de colonización que se mezcla con una imagen llamémosla «popular»; todos sabemos cómo se elaboran y reelaboran las informaciones orales en un ámbito como el marino, donde una realidad interesada, parcial y derivada de la experiencia práctica (rutas, puntos de intercambio, recursos o mercancías) y la leyenda o la anécdota ocupan el mismo plano en el recuerdo y la memoria; asimismo, conocemos como funcionan las recreaciones populares sobre los límites del mundo, que se repiten de generación en generación (Janni, 1997). Nada parecido a un conocimiento pretendidamente organizado y articulado. Lo que geógrafos e historiadores puedan recoger de este ambiente cultural y de esta experiencia histórica y empírica, con mayor o menos espíritu crítico, se tamiza además dentro de las pautas de una reflexión científica e historiográfica, donde no es el ansia de conocer el objetivo a cumplir sino la construcción de una historia dentro del marco espacial — un mapa— que deja de ser legendaria para pasar a ser un instrumento de reflexión^[2].

I. Al mismo tiempo que desde los albores del siglo VI a.C. se discute sobre la composición y la forma del universo, la cuestión geográfica central es delinear el mundo conocido en torno al mediterráneo y, dentro de lo que nos interesa, cerrar el mapa por el poniente, con el conjunto de instrumentos que va construyendo la «ciencia jonia»; de la misma manera que se procede en el mundo griego a ordenar las genealogías míticas y fundacionales de las ciudades y comunidades hasta construir una línea temporal a modo de genealogía histórica y un marco territorial de aquéllas coherente y verosímil, así se ha de hacer —si se puede— en el conjunto de la ecúmene; se trata también de poder elaborar un mapa que es, ante todo, entendido como un mapa histórico, es decir, una sucesión de territorios y comunidades en el tiempo y el espacio, siguiendo obviamente la línea costera y sus hitos más sobresalientes (lo conocido tras siglos de una colonización que ha acumulado tras de sí una experiencia empírica y un conjunto de tradiciones locales muy útiles a tal propósito). Es por eso que se trasla-

² Véanse al respecto las breves pero agudas palabras de J. de Hoz (2010: 59-65) en relación a los problemas de las fuentes antiguas, su transmisión y su tratamiento por parte de la historiografía actual.

dan mitos convenientemente historizados al conjunto del Mediterráneo, se procura ordenar el mapa etno-geográfico siguiendo criterios lógicos y verosímiles y se reelaboran o se leen genealogías locales con categorías geográficas, políticas y culturales (polis, ethnos...) que son propias del mundo griego, etc., para ir construyendo así este nuevo espacio etno-geográfico e histórico emergente. Hagamos nuestras las clarificadoras palabras de Ch. Jacob (2008: 74-75) para entender este proceso:

«Entre el mapa geométrico de Anaximandro —proyección de un orden intelectual sobre un espacio gráfico regido por la geometría—, y la representación herodotea de un espacio dividido y asignado, marcado por la división política y étnica, se ha dado un cambio de perspectiva importante. Podemos preguntarnos si el predecesor inmediato de Heródoto, Hecateo, no ha desempeñado en todo ello un rol esencial. (...) Los escasos fragmentos conservados testimonian la voluntad de ordenar las tradiciones míticas de los griegos, así como una atención particular a los topónimos. Hecateo aparece así como el fundador de una serie de genealogistas griegos, que comprenderá autores como Helánico de Lesbos, Acusilao de Argos o Ferécides de Atenas. Es probable que en esta obra perdida se haya establecido la unión entre la mitología y la geografía, puesto que la tierra habitada ofrece un espacio de clasificación y de orden de las tradiciones que permiten rendir cuenta de la emergencia progresiva de un mundo dividido en unidades designadas y autónomas».

Ya sabemos que Tarteso o Iberia aparecen unidas primeramente (en contextos literarios de tipo poético) a la occidentalización de la empresa de Heracles del rapto de los bueyes de Gerión y a la ordenación de los límites del mundo por el héroe argivo en torno a hitos reconocibles, usando para ello algunas referencias «reales» para una geografía que es mítica³. Es así en Estesícoro (frg. 154 Page), en Ps. Apolodoro

³ Las críticas de Hecateo (y en relación precisamente con determinadas derivaciones occidentales del ciclo tebano) no pueden ser sino el resultado de tradiciones firmemente asentadas —que él está dispuesto a negar cuando no a revisar y contraponer con un espacio etno-geográfico «racional»: «En cuanto a Gerión, contra el que Heracles argivo fue enviado de parte de Euristeo para arrear las vacas de Gerión y llevarlas a Micenas, dice Hecateo el logógrafo que *no se acomoda en nada a la tierra de los iberes, ni a ninguna isla Eritea fuera del Gran Mar fue enviado Heracles, sino que Geriones fue rey del continente en tomo a Ambracia (Ambracia) y los anfilocos, que desde esa región continental Heracles arreó las vacas, no habiendo sido poca esta hazaña impuesta* (frg. 26 Jacoby; trad. de Elena Gangutia, *F.H.A. IIA*; cf. no obstante los frgs. 76 y 77 Jacoby dónde si admite a Heracles en el espacio siciliano). Un texto de Estrabón es muy revelador sobre las formas de leer tales tradiciones (en este caso en relación con Homero, Occidente y Tarteso): «Pero el poeta, que habló de muchas cosas y poseía numerosos conocimientos, proporciona puntos de partida para pensar que tampoco era desconocedor de estas regiones, si se está dispuesto a extraer conclusiones correctas de los dos tipos de testimonios que proporciona, de lo que ha dicho acerca de ellas con menor acierto, y de lo que ha dicho de forma más acertada y más verdadera. Entre los menos acertados, el que oyó decir que Tarteso era la última tierra hacia occidente (...) Pero es evidente que la noche es de mal agüero y cercana al Hades, y Hades al Tártaro; así podría suponerse que había oído

(*Bibl.* 2.5,10 —que previsiblemente sigue a éste^[4]), en Ferécides (frg. 17 Jacoby) o en Anacreonte (*PMG* 361 = frg. 4 Gentili), entre otros, derivados de códigos culturales marineros y coloniales en los que el relato mítico se integra en el acervo cultural de las comunidades y sus empresas de expansión colonial (Antonelli, 1997 y 2008: *passim*; una síntesis: 2006: 7-26); Tarteso es aquí un río, un territorio o incluso un reino, donde los tópicos literarios en torno a la riqueza y la leyenda de los confines pueden más que otro tipo de consideración de tipo histórico; dentro de una condición cualitativa del espacio donde el único elemento direccional reconocible es aquél marcado por el curso del sol, Tarteso es un referente geográfico sin más connotación que el ser un espacio hercúleo y, como tal, susceptible de ser ordenado (Cruz Andreotti, 1991: *passim*; Janni, 1973 y 1975: 445-500 y 145-178; Jourdain-Annequin, 1989: *passim*; Prontera, 2004: 151-164). Por lo demás, que Tarteso, Heracles o Gadir estén unidos desde el principio no es de extrañar dada la más que probable derivación de la Tarsish bíblica y las convergencias tempranas del héroe argivo con el Melkart fenicio (Koch, 2003)^[5].

Otra cosa bien distinta es cuando Tarteso o Iberia, por pertenecer al conjunto de las tradiciones consolidadas en torno a Heracles, entran dentro de categorías geográficas de análisis espacial más precisas que pretenden definir el «mapa occidental» en torno a las Columnas como elemento destacado. Tarteso como topónimo o hidrónimo, Iberia, la Céltica —que representa en la tradición mítico / geográfica todo el amplio y difuso arco septentrional entre levante y poniente—, e incluso Europa frente a Libia, serán los primeros referentes, junto con las Columnas, con los que construir un mapa que, no lo olvidemos, es una operación especulativa y no descriptiva y resultado de diferentes experiencias históricas. Como toda operación especulativa de carácter cartográfico su ubicación es imprecisa; si el «occidente mítico» era geográficamente difícil de definir —el límite entre el caos y el orden siempre lo es—, el «occidente geográfico» de estos primeros tiempos es dinámico, elaborándose a partir de la superposición de experiencias históricas y transferencias míticas^[6].

hablar acerca de Tarteso y denominó al Tártaro, la última de las regiones subterráneas, a partir de aquel...» (III 2.12); «Por lo que respecta a los mejores pasajes, podríamos partir de los siguientes indicios: pues la expedición de Heracles que avanzó hasta aquí y la de los fenicios le sugirió una cierta riqueza y despreocupación de sus habitantes (pues estos llegaron a estar tan sometidos a los fenicios que la mayor parte de las ciudades de Turdetania y de las regiones vecinas se hallan en la actualidad habitadas por aquéllos). También la expedición de Odiseo me parece que llegó hasta aquí (...)» (III 2.13; trad. de F.J. Gómez Espelosín, Alianza).

⁴ Tema, por otro lado, discutido: Rodríguez Somolinos, 1989: 325-331.
⁵ Heródoto —en ese afán historicista que lo caracteriza— asocia el mito hercúleo a Gades y no a Tarteso (*cf.* Hdt., IV 8; Cruz Andreotti, 1991b: 155-66).

⁶ Los historiadores y geógrafos antiguos eran plenamente conscientes de que la definición y delineación de los territorios no se pueden reducir a una foto fija. Desde este punto de vista, la propia definición de las Columnas es histórica, tal como lo admite el propio Estrabón (III 5.5) cuando nos habla de la polémica entre unos y otros acerca de su delimitación como hito geográfico y cultural y por tanto de su ubicación; también obviamente la extensión de Iberia: «Pues también todo el territorio más allá del Ródano y del istmo configurado por los golfos galáticos fue denominado Iberia por los primeros autores (en cambio los contemporáneos le ponen como límite el Pirineo y dicen que son sinónimos las propias Iberia e Hispania); [**] solo denominaban a la región más allá del Iber; otros todavía anteriores llamaron a estos mismos, que no ocupaban demasiado territorio, igletes, según afirma Asclepiades de

Es conocido el desinterés herodoteo por todo aquello que no afecte directamente al tema de su obra. El extremo occidente, alejado de los sucesos relatados, no podía ser menos. No obstante, y guiado por la obligación de revisar a su más afamado predecesor —Hecateo— (Prontera, 2001), se ve en cierta medida en la necesidad de discutir su mapa circular en unos cuantos parágrafos, oponiendo especulación (o «poesía») a pura y dura experiencia empírica (Hdt., IV 36 a 42) —*cf.* fig. 1 a y b—^[7]. El resultado, en lo que a las costas ibéricas se refiere, será un mapa muy parco en detalles: una ruta que va desde el «mar adriático y tirrénico» a Iberia y Tarteso —Hdt., I 163—, así como Celtas y Cinetes —Hdt., II 33; IV 49.3—, que ocupan el «extremo europeo» que va más allá de las Columnas / Gades (frente a Píndaro, para quien Gades / Columnas es el *finis terrae*: O 3.43; I 3/4.29; N 4.69; frg. 256 Bernabé)—: dos territorios y dos etnias. Un detalle: si en Hdt., IV 152 Tarteso está más allá de las Columnas, en I 163 apunta que está «después de Iberia», sin mencionar el renombrado hito (en una Iberia de extensión poco precisa —*vid.* n. 5, *supra*—). El «dibujo» final no tiene por menos que ser conscientemente incompleto (Hdt., IV 45.1) (*cf.* Prontera, 1990 y 2006)^[8].

El caso hecataico parece ser bien distinto, si admitimos que los fragmentos conservados en Esteban de Bizancio responden tal cual al original, y que esconden una abundante e importante información etno-geográfica y de curiosidades varias, propia de este género^[9] (*cf.* fig. 2). Desde el punto de vista cartográfico podemos pensar en una secuencia geográfica habitual de oeste a este, donde en el territorio que podríamos entender como tartésico (frgs. 38 Jacoby y 45 Nenci) se citan dos ciudades (Elibirge e Ibila —de la que se deriva dos étnicos, elibirgio e ibilino, según comentario de Esteban), tras lo cual vendrían dos étnicos (mastienos y elbestios —frgs. 40, 41, 42, 43, 44 Jacoby y 52 Nenci), e Iberia (frgs. 45 a 51 Jacoby), y una serie de ciudades mastienas (Sualis, Menobora y Sixo) e ibéricas.

Mirlea; los romanos por su parte denominaron de la misma forma Iberia o Hispania a todo el territorio, a una parte de ella la llamaron ulterior y a la otra citerior; pero sus divisiones varían con el tiempo adaptando su dominio político a las circunstancias» (III 4.19; trad. de F.J. Gómez Espelosín, Alianza, que admite la lectura de Radt). *Cf.* Para todo ello Bianchetti, 2008, 17-22.

⁷ *Cf.* Hdt., II 23, III 115, IV 8.2, 42.4 y 45: crítica al mapa circular y, en general, a aquéllos que se atreven a hablar sobre los límites —en particular los occidentales— sin haberlos pisado. Esta concepción circular —que engarza con la visión homérica del escudo de Aquiles (*Il.*, 18.478-608)— era por lo demás la más popular; será esa la que le muestre Aristágoras a Cleómenes de Esparta para convencerlo sin éxito de la intervención en el conflicto greco-persa (Hdt., V 49-50).

⁸ Como ha destacado este autor recientemente (2011: 179-195) nada de lo dicho contradice el hecho de que la geografía es un componente esencial en su propia obra, no sólo por la herencia de la filosofía presocrática sino porque en el contexto de reafirmación del imperialismo ateniense y la nueva situación geo-estratégica en el oriente mediterráneo con distintas potencias en pugna, ésta era un «arma ideológica» de primer orden, de ahí su dedicación a la geografía del Asia.

⁹ Ya Gangutia en los *T.H.A.* II A, 1998: n. 292, apunta la dificultad de saber que aporta uno y otro, pues Esteban no sólo ordena los fragmentos, sino que los glosa y les atribuye una geografía continental que en origen no tenían (*vid.* también Whitehead, 1994). Además, el bizantino usa tanto obras originales como léxicos, de manera que no está en absoluto resuelta la cuestión de sus fuentes (*cf.* Billerbeck, 2006: 48 ss.; las dudas en Moret, 2004: 40-43 y 2006: 42-45; *contra* Braun, 2004: 287-347, que lo admite sin tapujos —aunque desconoce buena parte de la bibliografía histórico-arqueológica más reciente al respecto y lee los textos al más puro estilo de la «arqueología filológica»; más moderado, aunque admitiendo la peninsularidad de sus referencias, Ferrer, e.p.).

Otros textos posteriores, pero de indudable factura arcaica, nos dan pistas de cómo podría haber sido este proceso de construcción geográfica (*vid.* fig. 3). Así un texto de Escimno (autor del siglo II a.C. pero tributario de fuentes pre-eratosténicas) parece englobar Tarteso dentro o junto a esta Céltica *ultima*: «Gadira, donde es fama que se crían grandes / cetáceos. Después de ésta, cumplidas dos singladuras / se llega a un emporio muy floreciente / la llamada Tarteso, ciudad ilustre. / El estaño traído por el río [Tarteso?] de la tierra de los celtas / el oro y el bronce, los posee en gran cantidad. Luego se extiende la tierra llamada céltica / hasta el mar que baña Cerdeña» (Ps. Scymnus, *Orbis D.* vv. 161-165; trad. de Alberto Bernabé, *T.H.A.* II B; *cf.* Marcotte 2002: 164-166); el conocido «diagrama» de Éforo para quien la céltica englobaba «todo lo que hoy llamamos Iberia hasta Gadira» (Ephor., frg. 131 Jacoby —*apud.* Str., IV 4.6) —la cursiva es nuestra—^[10]; Heródoto también se hace eco de esta amplia céltica occidental: «El río Istro, tras nacer en el país de los celtas y ciudad Pirene, corre dividiendo Europa por la mitad. Los celtas habitan allende las Columnas de Heracles y limitan con los cinesios, que son los habitantes más extremos hacia el occidente de los que viven en Europa (...) Corre el Istro a través de toda Europa tras nacer en el país de los celtas, los últimos que junto con los cinetes habitan las regiones del Occidente de Europa» (Hdt., II 33 y IV 49; trad. C. Schrader: Gredos); Aristóteles —que sigue también fuentes antiguas— recoge esta misma construcción: «Desde Pirene (éste es el monte <situado> hacia el ocaso equinoccial, en la Céltica) fluyen el Istro y el Tarteso. Este último <desemboca> fuera de las Columnas <de Heracles>, mientras que el Istro, <tras fluir> a través de toda Europa, <desemboca> en el ponto Euxino» (*Meteor.*, I.350b1; trad. M. Candel: Gredos); el mar —el elemento central en la construcción del mapa (*cf.* Str. II 1.30 y 5.17)— está definido por una línea costera cuyo contorno lo constituyen una sucesión de cabos, golfos e hitos más sobresalientes, y cuyo interior más inmediato se articula para darle forma a través de ríos (el Tarteso, por ejemplo) o, en su caso, montañas, ciudades o etnias más significativas. Como apunta D. Marcotte (2006: 31-38), en la representación esquemática del espacio europeo conocido de Heródoto a Aristóteles, y transmitida en la tradición periplética posterior, los Pirineos (orientados de N-S y en la misma latitud que Gades / Columnas) juegan el papel de límite entre dos mundos. Pero además, desde la perspectiva de la traslación de la experiencia náutica a la cartográfica, ambos hitos son dos «cambios de rumbo» en la navegación: desde el golfo de León hacia Emporion para el primer caso; desde el Mediterráneo al Atlántico para el segundo.

Resumiendo: sobre una Céltica originaria se van perfilando territorios —englobados en esa Europa que emerge a su vez como continente septentrional— delimitados y/o organizados por ríos, montañas, cabos o, en su defecto, etnias o ciudades significativas, lo que es característico de datos empíricos extraídos de la práctica náutica trasladados al mapa; en suma una geografía ecuménica «en construcción», donde una Iberia / Tarteso antaño hercúlea tienen una localización imprecisa, porque la misma Tarteso parece incluir una «secuencia territorial» nueva en un mundo dividido entre una Iberia (restringida inicialmente al espacio entre el Ródano y el Iber —*cf.* Aesch., frg. 73a Radt *apud* Plin., *nat.* 37.32, donde el Eridano / Ródano está en Iberia^[11]— y

¹⁰ Para el conocido paralelogramo de Éforo *cf.* frgs. 30a y b de Jacoby (*T.H.A.* IIB, pp. 454-56).

¹¹ Fileas, un autor contemporáneo, pensaba que el Ródano limitaba «Europa de Libia» (*apud* Avien., *Ora* vv. 691-96). Para el contexto literario *vid.* Gangutia (*T.H.A.* IIA: 199-201).

ampliada después) y «el resto» ocupado por la «gran céltica» hacia el occidente. Es muy posible que con el reconocimiento cada vez más intenso de la costa mediterránea por eubeos y focenses (Antonelli, 2008), y la ampliación de su campo de acción más allá del Mar Tirreno y el Golfo de León, la topografía adquiere una localización cada vez más concreta —no sin problemas—, produciéndose una extensión de Iberia a toda la costa mediterránea y una localización de Tarteso en el entorno a las Columnas, con Gades y las póleis mastienas como topónimos hegemónicos; ya con Ps. Escilax (*Per.* 2-4, *G.G.M.*, I, pp. 16-17), un autor de época de Filipo, tenemos el primer testimonio periplético explícito de una Iberia «entre las Columnas y el Ródano» habitadas por iberos, aunque no similar a la Iberia de Polibio (*Plb.*, III 37.10-11) o Artemidoro (*Geographoumena*, fr. 21 Stiehle), puesto que éstos sí establecen por vez primera los Pirineos como límite.

Estos «mapas mentales» se delimitan a partir de realidades etno-históricas, como no podía ser menos. Es significativo que, frente al oriente, el «occidente bárbaro» herodoteo es un espacio «sin etnografía», utilizando una feliz expresión de G. Nenci (1990); Tarteso aparece en escena para explicar los lazos de cireneos y tereos (*Hdt.*, IV 152.5) en el relato de Colaios o el amurallamiento de Focea para la historia de la llegada de los focenses (*Hdt.*, I 163.4). Además, ambos sucesos están envueltos en ese halo de leyenda de los cuentos de viajes y descubrimientos recogidos en ambientes portuarios. Hoy en día nadie duda de la presencia continuada samio-focense en las costas peninsulares, pero tal simplificación en torno a personajes y viajes singulares (lo que es propio, por otro lado, de esta primera historiografía) reduce sensiblemente la información susceptible de ser analizada históricamente. Desde la referencia al «viento divino» que empuja a Colaios —como Odiseo— más allá de los límites del mundo, o la proverbial longevidad, generosidad y hospitalidad de un rey con nombre parlante, como Argantonio^[12], asistimos a una mistificación de realidades que escapan al conocimiento de nuestro historiador (Grilli, 1990); el uso de términos —como *basiléus* o *turaneuo*— tan ambiguos y que en el mismo Heródoto tienen significados aplicables a realidades bien distintas hacen imposible cualquier lectura específica (De Hoz, 2010: 223-224), y sí nos introduce en el campo de una geografía de naturaleza política definida a partir de «sistemas políticos» y de relaciones con sociedades periféricas reconocibles para un griego (Cruz Andreotti, 2004).

Más interesantes son, en cambio las referencias hecataicas, en especial las menciones a los mastienos^[13]. Ya hemos comentado los problemas de transmisión, conservación y ordenación. Dando por supuesta su «autenticidad», lo más destacable es la

¹² Sinónimo de «opulencia», también en Tracia, Anatolia, etc. (*vid.* Gangutia, *T.H.A.* II A, n. 503).

¹³ Otros pueblos mencionados por Hecateo o Herodoro (frg. 2a Jacoby —*T.H.A.* II A, pp. 274-77) además de los mastienos —*Cilbiceni*, *Elbysinioi*, *Elbestioi*, *Etmanei*, *Ileates*, *Gletes*, *Kelkianoi* o *Tletes*— tienen el común denominador que no pasan el segundo horizonte onomástico (si exceptuamos en parte la conservación anticuarista aviana). Posiblemente los *Olbysioi* / *Olbysinoi* de Esteban de Byz. (*T.H.A.* II B, p. 969) sean los mismos que los *Elbestioi*; asimismo, los selbisinos de Avieno (vv. 416-23), citados en las proximidades del Estrecho, pudieran ser también sus *Cilbiceni* (vv. 298-303) mencionados en otro lugar (o Celcianos de Herodoro), o más probablemente los *Elbysinioi* / *Olbysinioi* / *Elbestioi*, todos en las proximidades del hito; finalmente quizá los *Tletes* de Teopompo (*T.H.A.* II B, pp. 466 y 980), también se puedan identificar con los *Gletes* de Herodoro o los Iglétes de Asclepiades (*apud* Str. III 4.19). En todo caso, como afirma De Hoz (2010: 247) las posibilidades de dar un contenido étnico y geográfico a todas estas menciones son «muy escasas» (*cf. ibidem*: 244-47).

importancia de aquéllos en todo el sur peninsular en comparación con Tarteso (con el que aparece estrechamente vinculado): en ambos casos, y a diferencia de Heródoto, aparecen desmitificados, aunque difícilmente podemos concluir con rotundidad el contexto dada su conservación a manera de «entrada de enciclopedia» vía Esteban de Bizancio. Si las *póleis* tartésicas (*Elibirge* e *Ibila*) son de imposible adscripción y localización¹⁴, no así algunas de las mastienas (*Sexi*, *Suel*, *Mainobora*), pertenecientes al horizonte territorial y cultural fenicio. El territorio de los mastienos parece corresponderse, por tanto, a la Andalucía de influencia semita a un lado y a otro del estrecho. Es evidente por otras referencias —como afirma De Hoz (2010, p 99)— que Hecateo no desconoce el étnico distintivo fenicio, y por tanto «mastieno» y «fenicio» no son términos intercambiables y de este modo confundibles, pero la definición de *póleis* mastienas no puede ser por menos más que significativa de una heterogeneidad etno-cultural, que es lo que encierra el común denominador «mastieno» que, por lo demás, abarca un territorio bastante amplio, el central de Andalucía y su costa, en parte de influencia semita. Lo cual puede decir mucho del alcance real de la colonización fenicia y su impronta con lo que se han denominado poblaciones autóctonas, que como tales sólo puede llamárseles en origen. Si mantenemos este horizonte territorial, los mastienos parecen ser sustituidos por los «bastetanos» o los «bástulos» en época romana¹⁵ (para Str., III 1.7 y 4.1 los mismos); bástulos que casualmente son «bástulo-púnicos / fenicios» para Plinio (*nat.* 19), Ptolomeo (II 4.6) o Apiano (*Iber.* 235), y que ocuparían más o menos la costa atlántica y mediterránea de la Bética (Str., III 1.7; Mela, III 3; Plin., *nat.* 3.9; 3.4,19; Ptol, II 4.9). Este papel de los mastienos explicaría, en última instancia, su continuidad en lo que también De Hoz llama el «segundo horizonte onomástico» y el peso identificativo (e identitario) frente a Tarteso (que es aquí un referente meramente geográfico) en el Segundo tratado romano-cartaginés del 348 a.C. recogido por Polibio (III 24): si la *Mastia*

Mención aparte merece el texto de Herodoro (cinetes, gletes, tartesios, elbisinos, mastienos y celcianos, tribus todas ellas de un único *génos* en torno al Estrecho), que parece una combinación (a finales del siglo V a.C.) de Hecateo — Heródoto, usando la terminología del periplo (*páralia*) como marchamo de antigüedad (y autoridad). Dicha clasificación no deja de ser más aparente que real.

Nunca debemos olvidar, no obstante, el proceder hecataico y de buena parte de la literatura etnográfica y anticuaria posterior: el uso de fáciles etimologías con la tradición homérica y «nombres parlantes», además de la simetrías geográficas y las correspondencias míticas con Oriente, para dotar de contenido toponímico zonas muy mal conocidas y marcadas por la tradición popular (Moret, 2006: 64-67).

¹⁴ Su *Ibila* (frg. 45 Nenci) es un topónimo que hay que relacionar con los metales (como la Molibdina mastiena —frg. 44 Jacoby— o los elbestios —frg. 40 Jacoby— [elbisinos de Herodoro, frg. 2a Jacoby / selbisinos de Avieno, *Ora* 421]), y en última instancia con la *Alúbe* / *Alúbas* del catálogo de aliados troyanos (Hom., *Il.* 2.857) —que Dionisio Periegeta (v. 64) coloca en las Columnas antes de la llegada de Heracles— o la Alibante de Odiseo (Hom. *Od.* 24.304) en Sicania — Sicilia; todos ello nos conduce a una toponimia arcaica «parlante» que aludiría a la riqueza metalífera (plata, plomo), para Hecateo común denominador de la zona (Gangutia, *T.H.A.* II A, pp. 149-50 y nn. 299-300).

¹⁵ *Mast*— y *bast*— son la misma raíz indígena (De Hoz, 2010: 230).

tarseion del tratado corresponde a Iberia, no deja de ser interesante su inclusión de cara al argumento que estamos esgrimiendo^[16].

II. ¿Qué podemos concluir de este breve repaso? Frente a lo que ha pensado la historiografía tradicional a partir de Heródoto (y, obviamente, del énfasis puesto por Estrabón en una Tarteso ideal y exclusiva —*cf.* Cruz Andreotti, 2010), Tarteso no es la realidad hegemónica en la zona a ojos de los navegantes griegos, ni mucho menos. Antes al contrario: frente a un Tarteso territorio / río rodeado de leyenda emerge una etnia / territorio mastieno con el que se solapa que se reconoce como poliado^[17], posiblemente por la asociación con el mundo fenicio costero.

Esta impronta semita, que parece que es un elemento común en el dinámico entramado étnico que se entreve a través de unas fuentes por lo demás muy indirectas, es lo que explicaría en cierta medida que Tarteso se identifique o se confunda con Gades (*cf.* Str., III 2.11) o Carteia (*cf.* III 2.14) en determinado vector de la literatura antigua ya en época romana (Salustio, Cicerón, Columela, Mela, Plinio, Silio Itálico, Apiano, Arriano, Valerio Máximo, Avieno, Solino, Lido o Tzetzes). Como desarrolla en extenso el colega Álvarez Martí-Aguilar, cabe la posibilidad de que Tarteso sea el epónimo con que también se llamaba a Gades desde antiguo; en realidad sólo tenemos el testimonio de Ps. Escimno (*Orbis D.*, vv. 161-65 *cit. supra*) para distinguir claramente ambas *póleis* (Álvarez Martí-Aguilar, 2006 y 2007). En este contexto, también se explica no sólo que Tarteso como tal prácticamente desaparezca en la tradición posterior hasta el «descubrimiento» estraboniano, sino sobre todo que el espacio que deja sea ocupado por un «étnico aglutinante», en este caso turdetanos / Turdetania, que se traslada desde el oriente ibérico hasta ocupar su lugar a medida que se consolida la presencia romana, y que será Estrabón (y sólo él) el que se empeñe en identificarlo como la continuidad natural de Tarteso (Cruz Andreotti, 2010; Moret, 2011); otra etnia identificable sería la túrdula (Plin., *nat.* 3.8; 3.25; 4.113; Ptol., II 4.5; Plb. *apud* Str. III 1.6; 2.15) asimilada o no con la turdetana que como afirma Untermann (2004: 204-8) también es un concepto aglutinante por homofonía que, en realidad, agrupa a realidades geográficas y etno-lingüísticas muy distintas, de ahí su distinta localización (casualmente en el entorno bástulo o en el bastetano —De Hoz, 2010: 251-52)

En suma, un análisis más detallado de las fuentes literarias contemporáneas al fenómeno tartésico nos lleva a una realidad bastante más heterogénea de la que Estrabón nos quiere hacer ver, y a la que buena parte de la historiografía aún se sigue acogiendo desde Schulten en adelante (Álvarez Martí-Aguilar, 2005). Una realidad, por lo demás, bastante más rica en posibilidades, pero también en interrogantes, y donde el factor colonial como conformador de identidades mixtas parece que tiene mucho que ver (Álvarez Martí-Aguilar & Ferrer Albelda, 2009).

¹⁶ No parece ser casual que la *Massía* «región» (¿la Mastia de Polibio?) y la *Tarséion* «ciudad» de Esteban de Bizancio se encuentren junto a las Columnas, siguiendo en este caso y respectivamente a Teopompo y Polibio (*cf.* *T.H.A.* II B, pp. 961 y 976); tampoco parece propio del azar la asociación de mastienos — *thersitai* que aparece también en Polibio (III 33.9-10 —que Esteban de Bizancio «interpreta» como «tartésios» [*T.H.A.* II B 142 cc]; De Hoz, 2010: 230, considera un derivado de Tarshish; *contra* Moret, 2003: 300 y en extenso 2002), como tampoco que Eratóstenes (de Píteas, frg. 4 Bianchetti) hable de la tartésida como el territorio junto al Estrecho (*apud* Str., III 2.11). Sobre la polémica mastia-tarseion en Polibio *vid.* Moret, 2002 y Ferrer Albelda, 2006.

¹⁷ Para la polis en Hecateo y su diverso significado *vid.* Hansen, 1997.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2006): «El origen del ariete: Cartago versus Gadir a fines del s. III a.C.», en J. Martínez-Pinna (coord.), *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*. Málaga, pp. 125-140.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2007): «*Arganthonius Gaditanus*. La identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua», *Klio* 89.2, 477-492.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. & FERRER ALBELDA, E. (2009): «Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial», en F. Wulff & M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*. Málaga-Sevilla-Jaén, pp. 165-204.
- ANTONELLI, L. (1997): *I Greci Oltre Gibilterra. Rappresentazioni mitiche dell'estremo occidente e navigazioni commerciali nello spazio atlantico fra VIII e IV secolo a.C.* Roma.
- ANTONELLI, L. (2006): «Da Taršiš a Tarteso. Riflessioni sulla presenza greca oltre Gibilterra durante l'età arcaica», *Gerión* 24.1, 7-26.
- ANTONELLI, L. (2008): *Traffici focei di età arcaica*. Roma.
- BIANCHETTI, S. (2008): «Geografía e cartografía dell'estremo occidente. Da Eratostene a Tolomeo», *Mainake* XXX, 17-58.
- BILLERBECK, M. ed., (2006): *Stephani Byzantii Ethnica*. Volumen I: A-G. *Corpus Fontium Historiae Byzantinae* 43/1. Berlin/New York.
- BRAUN, T., (2004): «Hecataeus' knowledge of the Western Mediterranean», en *Greek identity in the Western Mediterranean: Papers in Honour of Brian Shefton*, Leiden, pp. 287-347.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1991): *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del occidente mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*. Diss. Micr. Universidad de Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1991b): «Heródoto y Gades», *Baetica* 13, 155-166.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2004): «La geografía griega como espacio político», *Geographia Antiqua* XIII, 9-20.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2010): «Tarteso-Turdetania o la deconstrucción de un mito identitario», en M^a Luisa de la Bandera Romero, E. Ferrer Albelda, (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Sevilla, 17-53.
- FERRER ALBELDA, E. (2006): «¿Mastia en África?», *L'Africa romana* XVI, 1997-2008.
- FERRER ALBELDA, E. (e.p.): «Más acá y más allá de las Columnas de Heracles. Mastia Tartesion y las limitaciones al comercio de Iberia», en *Actas del Vº Coloquio del CEFYP celebrado en Madrid entre el 16 y 18 de abril de 2007*.
- GRILLI, A. (1990): «Il mito dell'estremo occidente nella letteratura greca», en *La Magna Grecia e il lontano Occidente*. Atti del ventinovesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989. Taranto, pp. 9-26.
- HANSEN, M.H. (1997): «Hekataios' use of the word polis in his Periegesis», en T.H. Nielsen (ed.), *Yet more studies in the Ancient Greek Polis*. Stuttgart, pp. 17-27.

- HOZ, J. DE (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad. I. Preliminares y mundo meridional prerromano*. Madrid.
- JACOB, Ch. (2008): *Geografía y etnografía en la Grecia Antigua*. Barcelona.
- JOURDAIN-ANNEQUIN, C. (1989): *Héraclès aux portes du Soir. Mythe et Histoire*. Paris-Besançon.
- JANNI, P. (1973 y 1975): «Il mondo della qualità. Appunti per un capitolo di storia del pensiero geografico», *Annali dell'Istituto Orientale di Napoli* 33 y 35, 445-500 y 145-178.
- JANNI, P. (1997 [1998]): «Los límites del mundo entre el mito y la realidad: evolución de una imagen», en A. Pérez Jiménez & G. Cruz Andreotti, (eds.), *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*. Serie Mediterranea, n° 3. Madrid, pp. 23-40.
- KOCH, M. (2003 [i.e. 2004]): *Tarsis e Hispania: estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*. Madrid.
- MANGAS, J., PLACIDO, D., eds. (1998): *Testimonia Hispaniae Antiqua*. vol. II A [T.H.A. II A]. *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*. ed., trad. y coment. Elvira Gangutia Elícegui. Madrid.
- MANGAS, J., PLACIDO, D., eds. (1999): *Testimonia Hispaniae Antiqua*. vol. II B [T.H.A. II B]. *La Península Ibérica prerromana de Éforo a Eustacio*. ed., trad. y coment. de varios autores. Madrid.
- MARCOTTE, D. (2002): «Introduction générale», en *Géographes grecs. T. 1. Introduction générale*. Ps.-Scymnos, *Circuit de la terre*. Paris: Belles Lettres, pp. XIII-CLVIII.
- MARCOTTE, D. (2006): «De l'Ibérie à la Celtique: géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe», en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux & P. Moret, (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana. L'invention d'une géographie de la péninsule Ibérique. I. L'époque républicaine*. Málaga — Madrid, pp. 31-38.
- MORET, P., (2002): «Mastia Tarseion y el problema geográfico del Segundo Tratado entre Cartago y Roma», *Mainake* XXIV, 257-276.
- MORET, P. (2003): «Sobre la polisemia de los nombres íber e Iberia en Polibio», en J. Santos, E. Torregaray, (eds.), *Polibio y la Península Ibérica. Revisiones de Historia Antigua IV, Veleia*. Serie Acta, 4. Vitoria-Gasteiz, pp. 279-306.
- MORET, P. (2004): «Ethnos ou ethníe? Avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères», en Gonzalo Cruz Andreotti & Bartolomé Mora Serrano, coords., *Identidades étnicas — identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Málaga, pp. 31-62.
- MORET, P. (2006): «La formation d'une toponymie et d'une ethnonymie grecques de l'Ibérie: étapes et acteurs», en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux & P. Moret, (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana. L'invention d'une géographie de la péninsule Ibérique. I. L'époque républicaine*. Málaga — Madrid, p. 39-76.
- MORET, P. (2011): «¿Dónde estaban los *turdetani*? Recovecos y metamorfosis de un nombre, de Catón a Estrabón», en M. Álvarez Martí-Aguilar, M. (ed.), *Fenicios en Tartesos: nuevas perspectivas*. BAR International Series 2245. Oxford, pp. 235-248.

- NENCI, G. (1990): «L'Occidente 'barbarico' », en G. Nenci, O. Reverdin, (Eds.), *Hérodote et les peuples non grecs. Entretiens sur l' Antiquité Classique*. Tome XXXV. Vandoeuvres-Genève, pp. 301-318; discussion pp. 319-321.
- PRONTERA, F. (1990): «L'Estremo Occidente nella concezione geografica dei Greci», en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del ventinovesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989*. Taranto, pp. 55-82.
- PRONTERA, F. (2001): «Hekataios und die Erdkarte des Herodot», en D. Papenfub & V.M. Strocka, (dirs.), *Gab es das Griechische Wunder? Griechenland zwischen dem Ende des 6. und der Mitte des 5. Jahrhunderts v. Chr.* (Tagungsbeiträge des 16. Fachsymposiums der Alexander von Humboldt-Stiftung veranstaltet vom 5. bis 9. April 1999 in Freiburg im Breisgau). Mainz, pp. 127-136 (= 2011b: 63-73).
- PRONTERA, F. (2004): «Sulle rappresentazioni mitiche della geografia greca», en J.M. Candau Morón, F. González Ponce, G. Cruz Andreotti (eds.) *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*. Málaga, pp. 151-164 (=2011b: 81-94).
- PRONTERA, F. (2006): «La penisola iberica nella cartografia ellenistica», en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux & P. Moret, (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana. L'invention d'une géographie de la péninsule Ibérique. I. L'époque républicaine*. Centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga — Casa de Velázquez. Málaga — Madrid, pp. 15-29 (=2011: 183-196).
- PRONTERA, F. (2011): «L'Asia nella geografia di Erodoto: uno spazio in costruzione», en Robert Rollinger, B. Truschnegg, R. Bichler (eds.), *Herodot und das Persische Weltreich. Herodotus and the Persian Empire*. Akten des 3. Internationalen Kolloquiums zum Thema «Vorderasien im Spannungsfeld klassischer und altorientalischer Überlieferungen». Innsbruck, 24.—28. November 2008. Wiesbaden, pp. 179-195.
- PRONTERA, F., (2011b): *Geografia e storia nella Grecia antica*. Firenze.
- RODRÍGUEZ SOMOLINOS, H. (1989): «La *Gerioneida* de Estesícoro y la *Biblioteca* de Apolodoro», en *Actas del VIIº Congreso español de Estudios Clásicos*. Vol. II, Madrid, pp. 325-331.
- UNTERMANN, J. (2004): «Célticos y túrdulos», *Palaeohispánica* 4, 199-214.
- WHITEHEAD, D. (1994): «Site-Classification and reliability in Stephanus of Byzantium», en ID. (ed.), *From Political Architecture to Stephanus Byzantius. Sources for the Ancient Greek Polis*. Stuttgart, pp. 99-124.

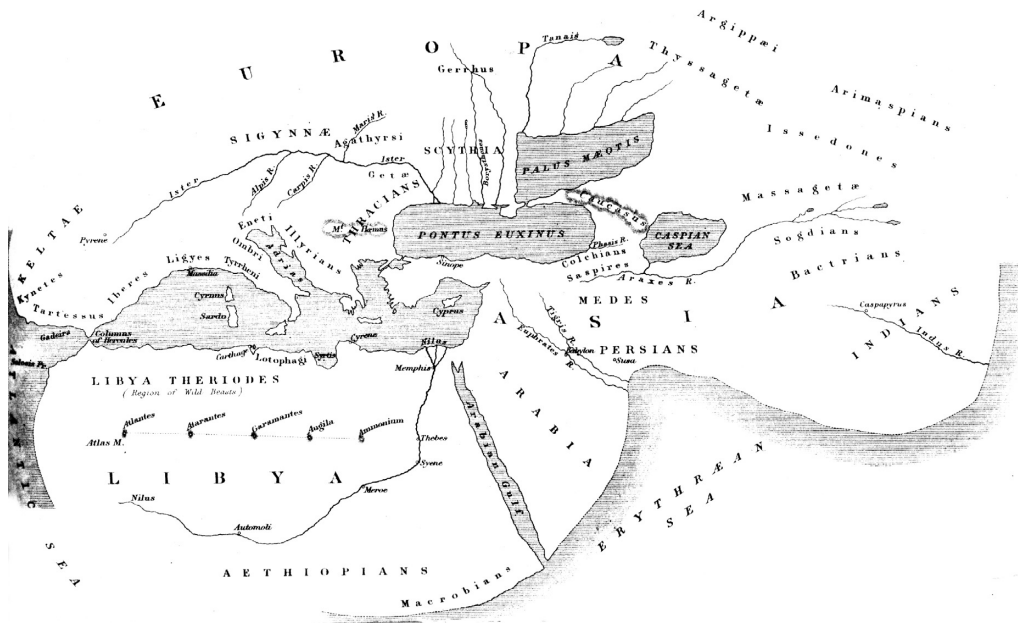


Fig. 1a. La ecúmene de Heródotu (según BUNBURY, E.H. (1879): A History of Ancient Geography. Vol 1., Londres -reimpr. Nueva York, 1959-).

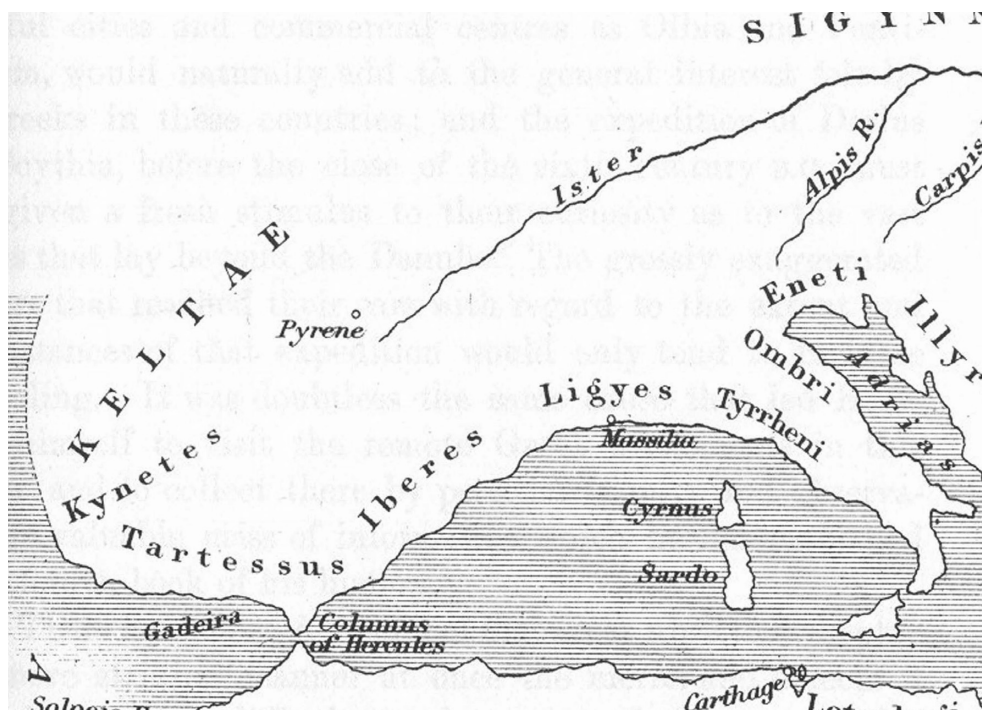


Fig. 1b. Detalle de la Iberia de Heródotu (según BUNBURY, E.H. (1879): A History of Ancient Geography. Vol 1., Londres -reimpr. Nueva York, 1959-).

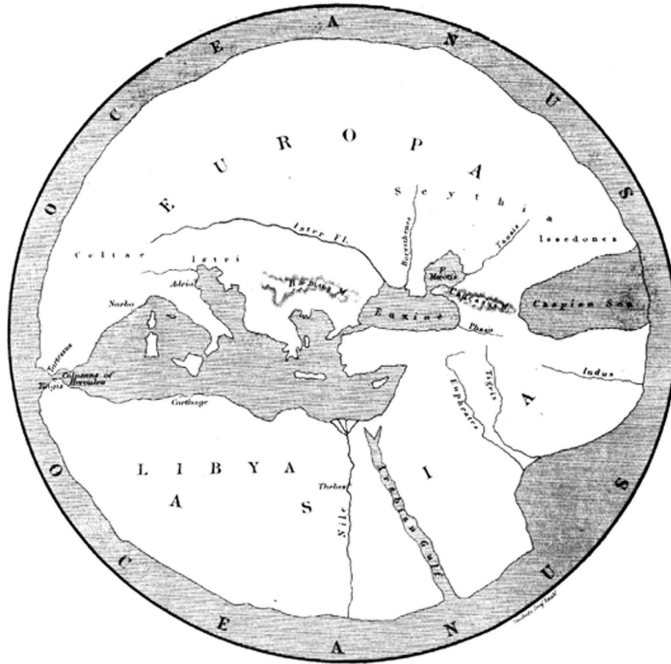


Fig. 2. *La ecúmene de Hecateo* (según BUNBURY, E.H. (1879): *A History of Ancient Geography. Vol 1., Londres -reimpr. Nueva York, 1959-).*

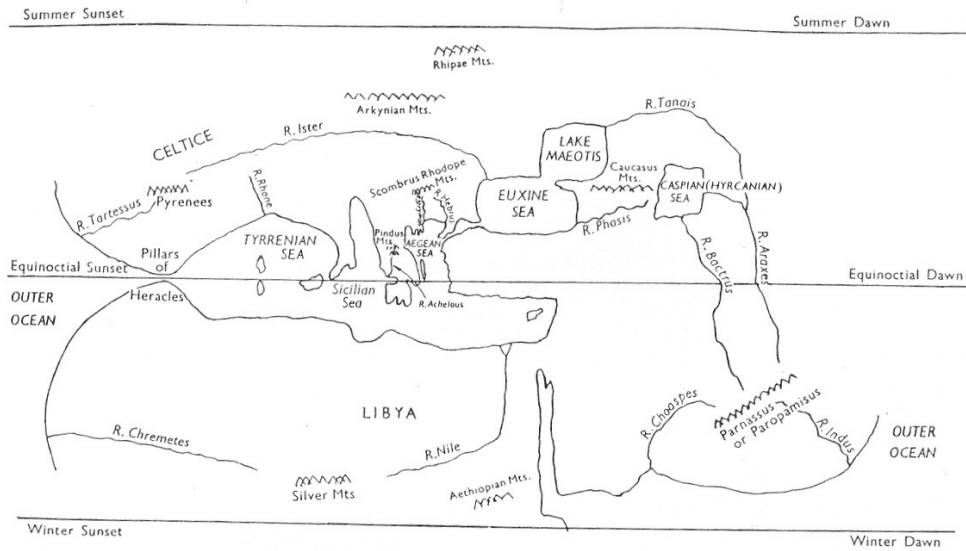


Fig. 3. *La ecúmene de Aristóteles* (LEE, H.D.P. (1952): Aristotle, VII: *Meteorologica*, The Loeb Class. Library).